



**Sempronio (Andrés-Avelino Artís), *Sonata a la Rambla*.  
Editorial Barna, 1961.**

DE LA MIMOSA AL CRISANTEMO

Me gusta la Rambla porque en ella te das cuenta del traspaso de las estaciones —me decía un ramblista, del tiempo en que los había.

El hombre se refería al espectáculo perpetuamente renovado de los puestos de flores. La mimosa, los narcisos, las violetas y las margaritas nos tienen habituadas al invierno. Hasta que un día, el estallido de floridas ramas de almendro advierte que la primavera ha llegado. A medida que asciende la temperatura y que los días se alargan, por el camino de los gladiolos y las rosas desembocamos en el verano, que vuelca en la Rambla claveles, dalias, nardos, coronados... Hasta que otro día, el ramblista impenitente se sorprende descubriendo en las «paradas» los primeros crisantemos. Nota que en el aire hay como un presentimiento de frío.

Las mujeres pasan arrebujiándose con el pañuelo. Otoño. Todos los Santos nos aguarda en la esquina. Y al punto



que nos descuidemos, volverá a la Rambla la mimosa, flor de enero...

Y el ciclo empieza de nuevo. Este es el verdadero lenguaje de las flores, que los barceloneses de antes, los castizos, se sabían de corazón.

Ahora, las flores se exponen y se venden en las tiendas cerradas de la ciudad alta. Tras los cristales, apenas se divisan desde la calle. Un comercio de flores, a primera vista, es idéntico a un comercio de muebles o de modas.

La actual Rambla de las Flores no es la de ayer. Basta hablar con una de las floristas.

—La ciudad, el Ayuntamiento tienen la obligación de ampararnos —se me lamenta—. Ser florista en la Rambla es algo heroico. En invierno hay que aguantar a la intemperie el rigor del tiempo. Luego, el género se nos pasa, las flores se nos marchitan en un santiamén por falta de condiciones de los puestos...

Y la jeremíaca lamentación se remata con la frase sacramental



—Vea usted cómo ninguna muchacha joven quiere ser florista en la Rambla.

## FLORISTAS Y PRÓCERES

Las floristas de la Rambla tenían antaño sólido prestigio, incluso con ribetes galantes. Rómulo Bosch, el famoso naviero, se casó con una de ellas. Y a aristócratas tan conocidos como Camilo Juliá y Bacardí se les veía a menudo coquetear con las vendedoras de flores. Hacerse poner el clavel en el ojal era una operación que podía conducir muy lejos... La Rambla de las Flores era un salón al que diariamente concurrían los marqueses de Santa Isabel y de San Antonio; Eusebio Güell Pepe Carreras, dueño de la Virreina; Manuel Arnús...

Los aristócratas y financieros barceloneses, ya no pasean por la Rambla. El barón de Güell, con su muerte, cerró la costumbre. Los potentados sólo discurren por ella en coche, las noches de Liceo. Y de querer flores, acuden a las tiendas de postín. La Rambla, en ese aspecto, ha quedado convertida en mercado popular.

Ostentando el decanato de las floristas de la Rambla yo he conocido, octogenaria, a doña Magdalena Paulí, viuda de Basseda. Empezó a vender flores por allá el año 1887.

Su esposo era floricultor en San Gervasio de Cassoles. El alcalde de Barcelona, señor Rius y Taulet, le firmó el permiso de su mesa en la Rambla de las Flores.

Magdalena, el año de la Exposición, hizo entrega de un ramo a la Reina Madre, doña María Cristina, a su paso por la Rambla, en compañía de su hijo de dos años de edad. Periódicamente le enviaba flores a Madrid, por lo que le fue concedido el título de «Proveedora de la Real Casa».

Siempre que pasaba por la Rambla alguna personalidad, la señora Paulí era la primera en ofrecerle flores. El último de esos homenajes, la veterana florista lo rindió al doctor Fleming, respaldando el gesto con un largo y elocuente parlamento.

—Pero él no me entendió ni una palabra y el intérprete que iba con él tampoco. La verdad es que estaba yo muy emocionada... —refirió después doña Magdalena.